sus maravillas: los frescos han sido pintados por el caballero de Arpino, y el mueblage es de un gusto incomparable. El Sr. Gutierrez Estrada habia agregado en esta ocasion á todas estas bellezas, una inmensa cantidad de flores blancas y encarnadas, dispuestas de tal modo que figuraban los colores de la bandera mexicana, y habia puesto ademas un trono en uno de sus esplendidos salones.

El rey de Nápoles fué inmediatamente á visitar á SS. MM. y lo mismo hizo el Cardenal Antonelli, primer ministro de Su Santidad.

A las ocho hubo un banquete de 30 cubiertos, compuesto exclusivamente de los mexicanos que se encontraban en Roma. Hubo despues recepcion, y en seguida fueron SS. MM. á dar una vuelta por la plaza de San Pedro, y á contemplar á la luz de la luna las grandiosas ruinas del Coliseo, espectaculo nuevo para la Emperatriz.

El 19 por la mañana SS. MM. oyeron misa en San Pedro, y á las doce fueron á visitar al Soberano Pontífice.

Despues fué el Emperador á visitar al cardenal Antonelli, y entre tanto la Emperatriz recorria con curiosa admiracion las obras maestras de arte que encierran los magníficos museos del Vaticano.

En la noche un banquete de 48 cubiertos reunió en la residencia imperial un gran número de Cardenales, generales y otros personajes ilustres, y en seguida el Sr. Gutierrez Estrada presentó á SS. MM. lo mas escogido de la aristocracia romana.

Aquel dia el escultor Tenerani hizo los estudios necesarios para el busto de la Emperatriz Carlota.

El 20 volvieron SS. MM. al Vaticano, donde recibieron la comunion de manos del Santo Padre, quien les dirijió la tierna alocucion siguiente:

"Ved aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Por "él reinan y gobiernan los reyes; por él los reyes hacen justicia; y si per- "mite á menudo que los reyes sean afligidos, por él sinembargo se egerce "todo poder.

"Yo os recomiendo, en su nombre, la felicidad de los pueblos católicos "que se os han confiado. Los derechos de los pueblos son grandes, y es "preciso satisfacerlos; pero mas grandes y sagrados son los derechos de la "Iglesia, esposa inmaculada de Jesucristo, que nos redimió con su sangre, "con esta sangre que va en este momento á enrojecer vuestros labios.

"Respetareis pues los derechos de vuestros pueblos y los derechos de "la Iglesia, lo cual quiere decir que debeis procurar al mismo tiempo el "bien temporal y el bien espiritual de esos pueblos.

"Y quiera Nuestro Señor Jesucristo, á quien vais á recibir de las manos "de su Vicario, concederos sus gracias en la abundancia de su misericor- "dia. *Misereatur vestri omnipotens Deus, et dimissis peccatis vestris, perducat vos ad vitam æternam. Amen.*"

A las doce del mismo dia 20 Su Santidad fué al palacio Marescotti á visitar á SS. MM. enmedio del repique de las campanas y de las músicas militares. Iba el Papa en la magnífica carroza tradicional de gran gala, escoltado por las guardias nobles.

El Emperador y la Emperatriz le esperaban en el patio. El Sr. Aguilar abrió la portezuela del coche: el Emperador ayudó á bajar al Santo Padre y se arrodilló despues para recibir la bendicion, mientras que la Emperatriz con su comitiva estaba tambien hincada al pié de la escalera.

Llamó mucho la atencion que el Emperador hiciera uso del idioma español para hablar con Su Santidad.

El Emperador hizo una oblacion á la Santa Sede de 8,000 pesos, y recibió de Su Santidad varios regalos, entre otros el retrato del Santo Padre cercado de brillantes.

El 20 de Abril á las cuatro de la tarde SS. MM. salieron de Roma trayendo consigo los votos y las oraciones del Gefe de la Iglesia; y á las nueve y media de la noche zarparon de Civita-Vechia hácia Gibraltar y para México.

La permanencia de SS. MM. en la ciudad eterna, fué un acontecimiento que llamó mucho la atencion en toda Europa. Sobre él se publicaron varias correspondencias en diferentes periódicos franceses y españoles, y tambien en algunos de México, pero ninguna relacion nos parece tan completa y tan animada como la que hizo el Sr. Aguilar en la siguiente carta dirijida á una persona de su familia. Dice así:

"Roma, Abril 23 de 1864.—Comenzaba á escribir desde Trieste el dia 10, sirviéndome de amanuense E*** cuando me vino la órden del Emperador para marchar á esta ciudad; de suerte que no tuve mas arbitrio que encargarle á A*** que concluyera la carta y la remitiera. Así es que suponiéndote impuesta de los sucesos de Miramar, voy á referir rápidamente los posteriores.—Salí de Trieste el 11 á las cuatro de la tarde, y despues de dos dias y tres noches de camino por mar, y por tierra en malísimas diligencias, llegué á Roma el 14 á las siete de la mañana. Ya anticipadamente me tenian preparado alojamiento (y por cierto muy decente) en el hotel de Roma, y en el momento quedé instalado. En el momento tam-

bien comencé á dar los pasos necesarios para presentar mis credenciales de ministro plenipotenciario de México, porque el Emperador queria que ya yo le recibiese con ese carárter; y en efecto, el 16 á las doce tuvo lugar mi inauguracion, en la que el Santo Padre me dió una audiencia muy larga, y en ella las muestras mas relevantes de consideracion hácia mi persona y de afecto paternal á los mexicanos, á quienes ama con notable predileccion. Su semblante majestuoso y apacible, y sus frases siempre dulces y benévolas, conmueven profundamente y dejan hondas impresiones en el alma. "Señor ministro, hijo mio," tales fueron sus primeras palabras en nuestra conferencia. Participé luego mi recepcion á los individuos todos del cuerpo diplomático, que son muchísimos, y en esto se pasó el resto del dia 16 y el siguiente 17.

"Por la mañana del 18 tomé el camino de fierro de Civita-Vechia y llegué momentos despues del arribo de los Emperadores, de manera que no habiendo aún desembarcado, tuve lugar de ir á bordo de la fragata en que vinieron, y de comer con los mexicanos y demas personas del séquito imperial. Los compatriotas son los Sres. Velazquez, Woll, Iglesias y Ontiveros (un oficial prisionero de los de Puebla); y los no mexicanos, la princesa de Meternich y su marido el conde Zichy, la condesa N. (no me acuerdo de su nombre); Scherzen Lechnor, consejero de Estado; el conde Bombelles, y el marqués Corio, chambelanes; el capellan, que es un franciscano, y otras dos ó tres personas, cuyos empleos no tuve tiempo de averiguar: todos estos señores van á México. Concluida la comida, me recibieron con el agrado de costumbre SS. MM., y luego al embajador de Austria, y al ministro de Bélgica, dando inmediatamente despues sus órdenes para el desembarco. En efecto, un himno compuesto por nuestro compatrita Murphy, y tocado por la música del cuerpo de marineros de la misma fragata, anunció la salida de los Emperadores, que colocados en un vistoso y lujosamente tripulado bote, tras el cual iba el resto de la comitiva, se dirijieron al muelle, deslizandose al movimiento acompasado de los remos sobre la móvil superficie de un mar tranquilo. Veianse á lo léjos, en un vasto semicírculo, los principales buques del puerto empavesados con banderas de diferentes formas y colores, y en segundo término sobre la playa, las oleadas del inmenso gentío, ansioso de conocer á tan augustos y famosos personajes. Al punto que fué percibida la aproximacion del soberano, las salvas de artillería de las embarcaciones y de la fortaleza; los vivas de las tripulaciones formadas en los palos mas elevados de las arboladuras de los buques, agitando con entusiasmo sus gorras y pañuelos; los víctores tambien de la muchedumbre agolpada sobre la orilla; las músicas militares poblando el aire con alegrísimas dianas; los generales, ministros y demas dignatarios de la corte, en traje de gala, y que esperaban en el desembarcadero á los augustos huespedes, y la tropa francesa formando valla hasta la estacion del camino de fierro, y pudiendo apenas contener al pueblo que en masa compacta acudia de todas partes á formar dos muros movibles en la ruta de la comitiva, presentaban un espectaculo nuevo enteramente para los ojos, y por demas interesante y tierno para el corazon. Enmedio de estos aplausos y de esta magnífica ovacion, llegamos al muelle y seguimos á la *Gare*, tomando el tren especial que estaba preparado, el cual luego se puso en marcha, no sin nuevos aplausos de aquel numeroso concurso.

"La misma escena, aunque en mucho mayor escala, se repitió al llegar á Roma, en donde al cuadro anterior hay que agregar el aspecto tan pintoresco como sorprendente de las interminables hileras de coches, que ostentaban ricas y fantásticas libreas. Los carruajes de gala de la embajada de Austria y otros preparados para el efecto, trasladaron á los emperadores y su séquito (naturalmente muy aumentado) al palacio de Marescotti, que es la habitacion del Sr. Gutierrez Estrada, á quien quiso honrar el Soberano con su mansion en ella, justísimo premio de los eminentes servicios de este ilustre compatriota á la causa de México. Por supuesto que el palacio estaba adornado con mucho esmero, y que los granaderos y gendarmes de grande uniforme daban la guardia, cuyos centinelas, de elevadas tallas, se encontraban en todos los descansos de las escaleras y diferentes puertas de los salones: es tambien del caso advertir, que una magnífica música militar permaneció constantemente en el patio, mientras estuvo en Roma el Soberano. El dia, por último, concluyó con un banquete y con una de esas recepciones, en que la esclarecida pareja conquista para siempre las simpatías de cuantos se le acercan. Ya avanzada la noche, que era de luna, quisieron ir y fueron en efecto, los príncipes, á contemplar las soberbias ruinas del antiguo Coliseo.

"El dia 19 fué la visita al Santo Padre en el Vaticano, y fuimos todos á ella de grande uniforme y las damas de gran *toilette*, aunque con trages oscuros. Desde el Puente de Sant-Angelo estaban apostados guardias de caballería, y en las avenidas y patios del palacio centinelas de infantería: en el interior los suizos y los guardias nobles hacian el servicio militar. Desde las primeras antecámaras de la estancia de Su Santidad, una numerosa servidumbre, multitud de empleados de su casa y no pocos obispos y prelados eclesiásticos, comenzaron á hacer los honores á SS. MM., que por fin fueron introducidos á un pequeño salon, en donde los esperaba el Santo Padre, y en donde permanecieron solos con Él cerca de una hora. Despues fuimos recibidos todos para besar el pié, pasada cuya ceremonia en que nos prodigó toda clase de expresiones afectuosas y benévolas, volvimos enmedio de una gran concurrencia al Palacio Marescotti, haciendo

antes el Emperador una corta visita á Su Eminencia el Cardenal secretario de Estado. La Emperatriz se quedó en el Vaticano, recorriendo los museos y galerías de bellas artes.

"Servido el almuerzo, S. M. volvió á salir á visitar al rey de Nápoles y á otros príncipes, con quienes lo ligan particulares vínculos y relaciones. Poco despues de su regreso, tuvo lugar una espléndida comida, y luego una *soiree*, á la que asistió toda la corte y toda la numerosa nobleza romana, estando plenos los salones de un escogido y brillantísimo concurso.

"En la mañana del dia 20, á las siete, los emperadores, algunos de su comitiva y yo entre ellos, asistimos á la misa que dijo Su Santidad en una de sus capillas secretas, dando la comunion á los Soberanos, á quienes dirijió antes una tan tierna como elocuente alocucion que conmovió á todos los oyentes. Concluida la misa del Pontífice, siguió otra que todos oimos, sirviendose á continuacion un regio desayuno en la Biblioteca particular del Santo Padre, á cuya mesa solo fueron admitidos los emperadores y el cardenal Antonelli, pues para los demas habia en la misma pieza, y á dos ó tres varas de distancia, otras pequeñas á derecha é izquierda. Expansiva, familiar y animada fué la conversacion, que unas veces era general, y otras se dividia entre los pequeños círculos que nos formaban los prelados destinados para obsequiarnos.

"Despedidos de Su Santidad, los emperadores volvieron á su habitacion, y el Sr. Velazquez y yo pasamos á la del ministro de Estado, á presentarle en clase de oblacion hecha á la Iglesia por el Imperio mexicano, la suma de 8,000 pesos.

"A las doce debia ser la visita del Santo Padre al Emperador; así es que apenas hubo lugar para vestirse y almorzar. Las calles estaban llenas de gente, la tropa formaba valla, las músicas estaban preparadas, y nosotros esperábamos con esa ansiedad precursora de los grandiosos acontecimientos. Cada uno teniamos nuestra comision que cumplir, siendo la mia la de abrir la portezuela del coche.

"Repentinamente el repique en las iglesias vecinas, el redoble de los tambores, los acordes de las músicas y el murmullo sordo de la multitud agitada, anuncian la aproximacion del instante que debia dejar satisfechos tantos deseos y tantos sentimientos; bajan presurosos hasta el patio los emperadores; se aproxima lentamente una carroza dorada de que tiran seis hermosísimos caballos negros; se para al pié de la escalera; los soberanos se arrodillan; el pueblo y la corte se postran, y el anciano gefe de la Iglesia hace caer su bendicion sobre la muchedumbre prosternada. Despues de recibirla, abrí la portezuela; S. M. se levantó para acercarse á la carroza, puso su brazo para apoyar á Su Santidad, y subieron juntos y paso á paso la escalera. En casa del Emperador, lo mismo que en el Vaticano, á una conferencia privada entre SS. MM. y Su Santidad, sucedió una audiencia pública en que fueron admitidos cuantos quisieron presentarse; finalizada la cual, se despidió el Santo Padre, siendo conducido á su salida de la propia manera que lo habia sido á su entrada. A continuacion se sirvió el almuerzo, y luego recibimos la órden de presentarnos á las cuatro con trage de camino. A la hora señalada, todo el mundo estaba listo: montamos en los coches y nos dirijimos á la estacion del camino de fierro tras de SS. MM. que fueron recogiendo por las calles toda especie de demostraciones de un pueblo que apenas los habia visto y ya los amaba. Antes de tomar el tren, los emperadores se detuvieron varias veces, estando ya á pié, para despedirse de las personas de todas clases que salian á su encuentro, y principalmente de los mexicanos, que no podian faltar en un acto tan solemne. Al fin tomaron los príncipes su wagon, en el que entraron tambien las damas de honor, el Sr. Velazquez y yo, que debia recibir en el camino las últimas instruciones del Soberano; ocupando los otros coches el resto de la comitiva. Al ocultarse el sol, se paró el tren en Civita-Vechia; en donde el recibimiento y embarque fueron tan solemnes como la primera vez. Yo pasé á bordo, fuí invitado á comer con SS. MM., de quienes, lo mismo que de mis antiguos y nuevos compatriotas (pues ya lo son los que acompañan á los emperadores), me despedí con una emocion que no puedo pintar y que ha sido una de las mayores de mi vida. Volví á Civita-Vechia á las nueve de la noche; me acosté para no dormir, y al dia siguiente tomé el tren de las doce que me puso en Roma á las dos de la tarde.

"Hé aquí un ligerísimo bosquejo de los sucesos de estos dias: ahora á Vdes., mucho mas felices que yo, toca participarme los que tengan lugar en México al arribo de estos incomparables Soberanos. ¡México se ha salvado! y este es el único pensamiento que derrama el consuelo en mi corazon abatido, enmedio del repentino aislamiento en que me veo, léjos de mi patria y de mi familia. Esa patria apesar de sus infortunios, es la hija predilecta de la Divina Providencia, que en efecto *ha hecho con nosotros lo que con ninguna otra nacion.* Ahora los padecimientos pasados son timbres de gloria; nuestros antiguos desaciertos, la feliz culpa que ha motivado nuestra redencion, y los odios rastreros y las fementidas pasiones de partido, locuras y debilidades propias de una situacion anómala, como la que produce el abuso de las bebidas embriagantes. Concordia, perdon mutuo de nuestros errores y un olvido absoluto de lo pasado; hé aquí lo que exije de nosotros el verdadero patriotismo. La gratitud nos impone otros deberes: amor perdurable á los heróicos príncipes que todo lo han sacrificado por salvarnos, y reconocimiento eterno al ínclito Emperador de

los franceses, y á ese pueblo magnánimo que ha derramado su sangre y prodigado sus tesoros por nuestra salud."

A las nueve y media de la noche del 20 de Abril zarparon de Civita-Vechia, como se ha dicho ya, la *Novara* y la *Themis*, rumbo al estrecho de Gibraltar.

Segun vemos en una correspondencia del Sr. Luis Chauveau, corresponsal del *Constitucionnel* de Paris, que venia á bordo de la *Themis*, el 22 al rayar el alba, estaban á la vista de las costas de Córcega, vieron poco despues la Cerdeña, y á cosa de las diez salieron de las bocas de Bonifacio: costearon las islas Baleares, primero Menórca y despues Mallorca, y hácia las seis de la tarde percibieron el islote de Cabrera.

"En la noche del viernes al sábado, dice el citado escritor, la brisa refrescó de repente. El sábado estuvo nublado todo el dia, y apenas pudimos distinguir el cabo de Palos, que doblamos entre las doce y la una. Estabamos á pocas millas de tierra y *habia mucha mar*. Las dos fragatas balanceaban con tanta fuerza, que muchas veces se sumergian en el agua los cañones de las baterías. Los dos comandantes cambiaron señales para comunicarse sus observaciones sobre la ruta que seguiamos y sobre las precauciones que debian tomarse. Por la tarde doblamos el cabo de Gata, donde acortamos la marcha para disminuir los peligros de un choque, que son muy de temer en parages tan frecuentados, y mas entonces que habia una niebla tan espesa, que á veces perdiamos de vista á la *Novara*. Durante todo el dia, favorecidos por un viento de popa, hicimos con frecuencia mas de doce nudos por hora.

"A la una de la mañana cambió bruscamente el viento.... El domingo por la mañana (el 24) el tiempo habia aclarado un poco, pero la lluvia seguia. Nos acercabamos al estrecho, y percibiamos en torno nuestro un gran número de buques. El mar habia vuelto á entrar en calma.

"Eran las tres y media cuando llegamos delante de Gribraltar."

Al entrar SS. MM. en la bahía, fueron saludados por las baterías de la ciudadela y por un buque de guerra inglés anclado en el puerto. Al mismo tiempo se oían los cañonazos con que saludaba á los soberanos de México la villa española de Algeciras, distante algunas millas al otro lado de la rada. El Emperador suplicó al comandante de la *Themis* que correspondiera á estas salutaciones, y la fragata francesa izó el pabellon inglés disparando veintiun cañonazos. El dia siguiente atravesó el Estrecho el navio italiano *Galantuomo*, que habia pasado por perdido durante muchos dias, y saludó al pabellon imperial con la media bateria que le quedaba. porque habia echado al agua unos 60 cañones durante una larga tormenta, La *Themis* contestó del mismo modo á sus saludos.

El gobernador de Gibraltar, general conde Codrington, pasó á visitar al Emperador á bordo de la *Novara*, y fué invitado á comer con SS. MM. como tambien dos ayudantes de campo que le acompañaron. Igual honor tuvieron los cónsules austriaco y belga de Tanger, que habian cruzado el Estrecho para ofrecer sus homenajes al Emperador.

El 27 la *Novara* y la *Themis* salieron de Gibraltar, y poco despues surcaban las aguas del Oceano, rumbo al Occidente.

Y al llegar nosotros á este punto, tenemos que confesar que en nuestra relacion existe un gran vacio, porque al alejarse la *Novara* de las playas de Europa, la perdemos de vista, y no sabemos lo que pasó á su bordo hasta que llegó á las playas de la América. Falta pues á nuestra obra el capítulo mas interesante; aquel en que se deberian contar los acontecimientos de la travesia, el método que se adoptó, los trabajos que se emprendieron, las cuestiones que se ventilaron, los pormenores en fin de la vida que hicieron los dos Príncipes en las soledades del Oceano.

Sin duda las largas horas de navegacion, que para otros suelen ser de ociosidad y de fastidio, fueron para el Emperador de México horas de meditacion, de estudio y de trabajo. Sin duda pasó aquel tiempo en completar sus observaciones, madurar sus planes y perfeccionar sus proyectos, para llenar dignamente la mision que le confiaba la Providencia. Mil veces preguntaria hasta las mas menudas circunstancias del pais que le entregaba sus destinos; mil veces se abririan las obras que tratan de su historia, de su política, de su poblacion, de sus producciones; mil veces se desplegaria sobre la mesa el mapa del Imperio, para estudiar en él sus condiciones de vida, sus elementos de prosperidad, sus peligros, sus necesidades.

Nada de esto sabemos nosotros aunque lo presumimos: solamente lo saben los que vinieron en la *Novara*, y lo podrán contar los que hayan obtenido sus confidencias.

Desde las caravelas de Cristóbal Colon y de Hernan Cortés, ninguna embarcacion habia cruzado el Atlántico cargada con tan grandes destinos; ninguna habia traido al Nuevo Mundo una ambicion mas noble, mas alta ni mas generosa; ninguna habia ofrecido al viejo Oceano un espectáculo mas interesante que el que ofreció la fragata *Novara*.

Paremonos un momento á contemplarle. Un príncipe ilustre, descendiente del gran Rodolfo, que abandonando cuanto el mundo adora, viene

á salvar el pais mas desgraciado de la América, estableciendo en él una institucion al parecer proscrita; unos cuantos hijos de la antigua tierra que le llora, acompañando á su Señor á la tierra que le espera; unos cuantos mexicanos, que pendientes de la voz y atentos á las palabras del sabio Príncipe, esperan de su nombre, de su rango y de su genio la salvacion de su patria: y enmedio de todo esto, como derramando las tintas de la aurora sobre la gravedad del cuadro, esa bella princesa, nieta de San Luis, que al tender sus miradas por encima de las olas, pareceria el genio protector de la empresa, ó la estrella del mar que calma las tempestades....

Si hay algun libro que lo cuente, nosotros arrojarémos nuestro libro á un lado, para devorar las páginas que se consagren al mas alto asunto que puede engrandecer el pensamiento del historiador é inflamar la imaginacion del poeta.

Afortunadamente, por otro lado, nosotros no escribimos la historia de este viaje, que si tal hubieramos intentado, en este punto soltariamos la pluma, al encontrarnos sin datos para referir lo mas interesante. Nosotros no escribimos mas que algunos desaliñados renglones para unir unos con otros los hechos que todo el mundo conoce ya, á fin de que se encuentren juntos estos documentos para la historia.

La navegacion fué feliz. Las dos fragatas, movidas por el vapor, aprovecharon tambien los vientos alisios para apresurar su marcha; esos vientos que con un mismo soplo, siempre apacible y constante, llevan á las playas de Europa y traen á las playas de América á los buques que cruzan el Atlántico.

SS. MM. llegaron el 16 de Mayo á la Martinica. Allí habia muchos mexicanos, que habian sido confinados á aquella isla por enemigos de la Intervencion y del Imperio, y allí fué donde el Emperador dió la mas alta muestra de solicitud paternal en favor de sus súbditos, poniendo en libertad á algunos de aquellos desterrados, y procurando el alivio de los que entonces no pudieron quedar libres. Ya en el convenio con el Emperador de los franceses, que como se ha dicho, fué firmado en Miramar el 10 de Abril, habia estipulado que el gobierno francés habia de poner en libertad á todos los prisioneros de guerra mexicanos, en cuanto llegára á sus Estados el Emperador de México.

A su paso por la Martinica, S. M. quiso que los desterrados allí sintieran el benéfico influjo de su presencia; y hé aquí lo que hizo, segun lo refirió algunos dias despues el *Eco del Comercio* de Veracruz:

"Por buen conducto se nos ha referido que el Emperador hizo que se reunieran, en las pocas horas de que podia disponer, el mayor número posible de prisioneros residentes en Fort de France, adonde fué preciso que tocára la fragata *Novara* para proveerse de carbon, y ante la autoridad del comandante de la plaza se dispuso eligieran los cuatro mexicanos que de pronto deseaba libertar S. M., por ser cuatro los lugares de que se podia disponer en la fragata francesa la *Themis*, supuesto que en la *Novara* no quedaba ninguno disponible. En efecto, la reunion, se nos dice, fué preciso se verificára á la media noche del 16 del actual, porque no habia tiempo que perder, ya que el Emperador no ha querido prolongar ni una sola hora más el tiempo de su larga travesía, considerando lo avanzado de la estacion y el peligro que podian correr los que le aguardaban en nuestra ciudad. Fueron, pues, elegidos los prisioneros siguientes: D. Manuel Romo, D. Márcos Velasco, D. Regino Ortega, D. Vicente Vivanco; los cuales habian ya hecho su espontánea adhesion á S. M. el Emperador, y protestado no contrariar en nada las disposiciones de su gobierno. El Emperador no se conformó con este primer acto generoso, sino que dispuso se pagára el pasage para el próximo paquete á otros ocho prisioneros, que tambien se habian adherido y prestado homenaje á S. M. I.; y llevando mas adelante el interés que tomaba por los primeros mexicanos que hallaba en la desgracia, mandó que se distribuyeran dos mil francos entre los que carecian de sueldo ó pension para su subsistencia, por no pertenecer á la clase militar; y por fin, el Emperador hizo saber á los demas prisioneros que en llegando á la capital, se ocuparia de su suerte.

"Así se han hecho notorios la imparcialidad y buenos sentimientos de nuestro Emperador, en la primera ocasion que se le ha presentado para ejercerlos, y lo que deben esperar los hombres de todos los partidos y opiniones políticas, si de buena fé se ponen á su derredor, prestandole la obediencia debida y cooperando con lealtad al establecimiento de la paz, á la union y concordia, para ocuparse de lo verdaderamente útil y necesario á la felicidad de México.

"Se hacen elogios de la buena disposicion con que el contra-almirante de Maussion de Condé, gobernador de la isla, y el comandante de la plaza, se prestaron á todos los arreglos mencionados, así como del buen trato que dan á los prisioneros.

"En cuanto á la recepcion inesperada del Emperador en la isla, el gobernador y las demas autoridades, en el corto tiempo de que pudieron disponer, nos refieren que hicieron todo lo posible para obsequiarlo, en union de la Emperatriz."

A esta relacion debemos añadir algunas palabras para que mejor se comprenda lo que allí pasó. Las autoridades francesas habian dado al Empe-

000572

rador una lista de los cuatro mexicanos que les parecian mas dignos del favor que S. M. queria hacerles; pero el Emperador quiso dejarlo á la eleccion de los mismos desterrados. En consecuencia, estos se reunieron, y resultaron electos los mismos que habia designado el Gobernador de la Martinica.

Cumplidos de este modo en la isla francesa los nobles deseos del Soberano, las dos fragatas continuaron su viaje: llegaron á Jamaica el 21, salieron de allí el 22, y emprendieron su rumbo para Veracruz sin detenerse ya en ninguna otra parte, no obstante haber anunciado algunos periódicos europeos, que habian de tocar en la Habana, cuyas autoridades estaban dispuestas para recibir allí á SS. MM. con los honores debidos.

Algunas millas antes de llegar á Veracruz, la *Themis* se adelantó para anunciar la llegada de los Emperadores, y ancló en el puerto á las seis de la mañana del 28. La buena nueva se transmitió inmediatamente de Veracruz á la capital, y de esta al interior del Imperio.

Entre tanto la *Novara* avanzaba magestuosamente al término de su viaje. Desde muy temprano los ilustres viajeros subieron al puente, y estuvieron contemplando con ardiente curiosidad las lejanas costas de su Imperio que aparecieron en el horizonte. No pudieron ver el Pico de Orizaba, este magnífico centinela, el primero que saluda y el último que despide á los navegantes que se acercan ó se alejan de estas costas. Aquel dia estaba su blanca cima envuelta entre nubes.

Los habitantes de Veracruz, amontonados en el muelle y en la playa, ó subidos en las azoteas y en las torres, contemplaron largo tiempo á la nave imperial, que cruzando triunfalmente por detrás del castillo de Ulua, ancló por fin en Sacrificios poco despues de las dos de la tarde, enmedio de las salvas de artillería, del repique de las campanas y de las aclamaciones de la muchedumbre.

El pueblo mexicano se conmovió hasta lo intimo de sus entrañas. Al ver, al tocar lo que apenas habia creido, lo que le habia parecido un sueño, lo que no podia haberse verificado por solo el esfuerzo de los hombres, pensó que todo era obra de la Providencia, vió allí el dedo de Dios señalandole el fin de sus desastres y el principio de su dicha, y se entregó sin reserva á todos los delirios del gozo y la esperanza. En mil poblaciones del Imperio resonó simultáneamente un grito inmenso de alegría; retum-

bó el cañon por todas partes; las campanas, los cohetes, las músicas, inundaron la atmosfera; bulliciosos victores recorrieron las calles de la capital y de todas las demas ciudades que supieron la noticia. Fué un dia de placer, que parecia rescatar medio siglo de dolores.